

SOLEMNIDAD DE LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR (C)
Homilía del P. Abad Josep M. Soler
8 de mayo de 2016
Hch 1, 1-11; Heb 9, 24-28; 10, 19-23; Lc 24, 46-53

El evangelio nos acaba de decir que Jesús *fue llevado hacia el cielo, mientras bendecía* a sus discípulos; es decir, mientras les mostraba su benevolencia y su protección, hasta que *una nube* lo ocultó a sus miradas. También el libro de los Hechos de los Apóstoles, en la primera lectura, nos decía que Jesús *fue elevado* ante sus *discípulos*.

¿Por qué, hermanos y hermanas? ¿Por qué Jesús que sería tan necesario en la tierra, se va? ¿Es que no veía que la humanidad necesitaba de su presencia? ¿Desconocía que no sabemos construir una paz estable, una justicia respetuosa de los derechos de las personas, una sociedad sin violencia ni crispación? ¿No conocía que nos cuesta ser generosos y amar? ¿No sabía de nuestras debilidades? Él nos es necesario. Y, en cambio, es llevado arriba al cielo y escondido a nuestras miradas. A veces, nos sale decirlo así; sin embargo, ¿son acertados estos razonamientos?

En las palabras de despedida la noche del jueves antes de la pasión, Jesús había dicho a los suyos, *os conviene que me vaya* (Jn 16, 7). ¿Realmente nos conviene su ausencia? En aquel momento dijo a los discípulos que sí, porque si no se iba, no vendría el Espíritu Santo (cf. *ibídem*). Y el Espíritu es el que termina su obra en el mundo (cf. plegaria eucarística IV), el que nos guía hacia la verdad completa (cf. Jn 16, 12), el que nos enseña a encontrar caminos de paz y de felicidad, el que nos da fuerza para trabajar por un mundo más justo.

Para ver que realmente nos convenía que se fuera, intentemos penetrar un poco el sentido de la solemnidad de hoy. La ascensión ocurre después de que Jesús haya llevado a cabo el ofrecimiento de su vida en la cruz *como víctima para abolir el pecado* de todos, que él *tomó sobre sí* para liberarnos. Una vez llevada a cabo esta misión, entra *en el cielo*, es decir en el ámbito trascendente de Dios; allí donde nuestros sentidos humanos no tienen acceso durante esta vida mortal. Los sentidos corporales podían ver la pasión, captar los *gritos y lágrimas* con que Jesús se dirigió al Padre en el momento de su sometimiento en la cruz (cf. He 5, 7). Pero Jesús lo vivía en una dimensión trascendente, que no podemos captar con la capacidad sensorial del cuerpo.

Esta dimensión, tal como digo, se escapa a nuestros sentidos, pero algo nos es revelado. La carta a los Hebreos, que hemos leído en la segunda lectura, nos explica esta dimensión trascendente de lo que vivía Jesús y nos dice, también, porque Jesús subió al *cielo*. Vivió su existencia humana y particularmente la pasión y la cruz como una obediencia y un ofrecimiento de amor al Padre y a sus hermanos en humanidad. Después, entró en el cielo para presentarse ante el Padre con sus heridas gloriosas y ofrecerlas a Él en *nuestro favor*. Con el sacrificio de sí mismo en la cruz, ha anulado el pecado y nos ofrece la salvación.

Así ha inaugurado para nosotros el camino que lleva a Dios, que lleva hacia la salvación, hacia la plenitud de la existencia humana. Él nos asegura que nosotros también podremos entrar en la presencia del Padre como él lo ha hecho y disfrutar de su gloria. Y esto nos infunde alegría.

De todas formas, la carta a los Hebreos nos decía que hay unas condiciones para poder entrar a la presencia del Padre. Es necesaria -decía- una fe plena, vivida *con un corazón que no engaña*, y es necesaria la purificación del pecado por medio del *agua*

del bautismo que nos limpia *de toda conciencia de culpa*. Los cristianos fuimos limpiados con el agua pura del *bautismo*. Pero la debilidad nos lleva a no obrar siempre el bien, y necesitamos volvernos a purificar con el arrepentimiento de los pecados y la petición de perdón, con el sacramento de la penitencia que nos hace experimentar la misericordia del Padre.

Saber que Jesús nos ha abierto las puertas para que podamos entrar allí donde él está, nos hace vivir, también, *con esperanza*. Sobre todo cuando sabemos que *Dios cumple fielmente sus promesas*, como decía también la segunda lectura. Ciertamente, pues, nos convenía que Jesús se fuera hacia el Padre.

Por otra parte, aunque haya traspasado el ámbito de lo que captan nuestros sentidos, él está presente en todo el mundo, porque la ascensión no conlleva una ausencia, sino una presencia en todas partes, invisible, pero eficaz. Así, con la acción conjunta de Cristo y del Espíritu, que el Padre envió después de la ascensión, recibimos la ayuda y la gracia en nuestra existencia de cristianos. Ellos -el Cristo y el Espíritu-, si somos dóciles, nos dan vida porque reproducimos en nosotros la imagen de Jesucristo. Y nos ayudan a trabajar por la transformación de nuestro mundo, para crear espacios de reconciliación y de paz, para curar tantos sufrimientos. El Señor, como decía en el Evangelio, nos ha constituido *testigos* de su resurrección y nos ha confiado la misión de anunciar la salvación a todos. De anunciarla y empezar a hacerla presente. Cristo y el Espíritu nos guían, también, en el camino del compromiso a favor de los demás para que podamos llegar a la gloria donde Cristo, nuestra Cabeza, ya ha llegado (cf. oración colecta).

Esta convicción es la causa de la *alegría* inmensa de los discípulos después de la ascensión y de su constante *acción de gracias* de las que nos hablaba el evangelio de hoy. Una *alegría* y una *acción de gracias* que también son nuestros en la Eucaristía que estamos celebrando y que hace presente el Resucitado en medio de su pueblo.